



**CUERPOS
LEGÍTIMOS /
ILEGÍTIMOS:
SUBJETIVACIÓN
DE LA
MASCULINIDAD DE
HOMBRES JÓVENES
EN EL NORTE DE
CHILE**

**LEGITIMATE /
ILLEGITIMATE BODIES:
SUBJECTIVATION OF
MASCULINITY YOUNG
MEN IN NORTHERN
CHILE**



**Ricardo
Espinoza-
Tapia**

Académico Facultad de
Humanidades,
Universidad Católica
del Norte, Chile



Universitat Autònoma
de Barcelona, España



**Jimena Silva
Segovia**

Académica Facultad de
Humanidades,
Universidad Católica
del Norte, Chile



*Este artículo forma parte de la investigación "Significados Culturales del Cuerpo y el Autocuidado en jóvenes chilenos viviendo en una región minera", financiada por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONICYT), Chile. Este trabajo se ha realizado en el marco del programa de Doctorado en Psicología Social de la Universitat Autònoma de Barcelona



RESUMEN

El objetivo del presente estudio consiste en comprender los procesos de subjetivación de la masculinidad en hombres jóvenes del norte de Chile. Se busca, por tanto, conocer cómo viven sus masculinidades jóvenes de 15 a 23 años socializados en un escenario cultural androcéntrico, patriarcal y heterosexista. La investigación es de tipo cualitativa y utiliza el modelo de mapas corporales. Este modelo se inscribe en el enfoque biográfico, utilizando análisis intertextual para dar cuenta de la dimensión corporeizada de la socialización de género. Entre los hallazgos más relevantes se identificó la injuria en base a rasgos corporales tales como el tono de piel y el peso corporal, como manifestación de violencia. Tales características son vinculadas a pertenencia grupal y nivel socioeconómico, provocando un ordenamiento social y simbólico en las relaciones inter-género.

Palabras clave

Género; subjetivación; masculinidades; cuerpos legítimos/ilegítimos; injuria; contexto minero Chileno.

ABSTRACT

The aim of this study is to understand the masculinity subjectivation processes of young men in northern Chile. It seeks, therefore, to know how young men between 15 to 19 years old live their masculinities in an androcentric, patriarchal and heterosexist cultural scene. The research is qualitative and the methodological model used is body maps. This model is a biographical approach, it use intertextual analysis to account the embodied dimension of gender socialization. The most relevant findings showed the injury based on personal traits such as skin tone and body weight, as a manifestation of violence. These features relate with characteristics of group membership and socioeconomic level, causing a social and symbolic order in inter-gender relationships.

Key words

Gender; subjectivation; masculinities; legitimate/illegitimate bodies; injury; Chilean miner context.

1. Introducción

En las últimas décadas, y a propósito del aporte realizado por el movimiento feminista, asistimos a importantes transformaciones en cuanto al estatus de ciudadanía y derechos de mujeres y hombres en occidente, generándose así un debate crítico sobre los procesos de socialización de género. Uno de los focos de análisis va a posicionarse sobre el poder ejercido por lo masculino y la construcción social de la identidad de los hombres (Connell, 2003; De Barbieri, 1992; De Lauretis, 1991; Lagarde, 2001; Lamas, 1989), de modo que se logra instalar en la discusión que "*no se nace varón*", sino mas bien, las identidades masculinas serían producto de una socialización enmarcada en un paradigma patriarcal (Gilmore, 1994).

Para R.K. Connell (2003), siguiendo los trabajos realizados por Juliet Mitchell y Gayle Rubin en la década de 1970, la masculinidad es comprendida como un sistema de diferencias simbólicas en el cual se contrastan asignaciones de espacios y niveles de prestigio, tanto para hombres, como para mujeres (Connell 2003). La autora, en lugar de generar una comprensión acabada sobre la masculinidad propone concentrar el interés en los procesos de socialización de género vividos en las interacciones entre hombres y mujeres.

Connell (2003) comprenderá la construcción simbólica de la masculinidad a partir del estudio de prácticas vinculadas con la experiencia corporal, la personalidad, la economía y la cultura. En ese sentido, autores como Fuller (2001) o Kauffman (1995) en el contexto latinoamericano y anglosajón, respectivamente, han abordado aspectos de la construcción subjetiva del ser hombre en los que se da cuenta que el deseo de poder y control es un elemento clave en la formación de cada hombre, donde eventos

tales como tener un hijo y mantener un trabajo resultan fundamentales para ser validados en el entorno social.

Los principales ejes analíticos que han definido el estudio de las masculinidades en Chile han sido la paternidad, el trabajo, la violencia en el contexto intrafamiliar y social, el rol de jefatura familiar y las diferencias generacionales entre hombres (Olavarría & Parrini, 2000; Valdés & Olavarría, 1998). Se discute en el estudio de las masculinidades Chilenas la vinculación entre las actividades productivas con la noción de una identidad masculina monolítica e incuestionada, en estrecha relación con un conjunto de expectativas asociadas al género.

En el caso de las clases populares, se expresa en la familia un vaivén de presencias y ausencias a causa del trabajo mediante sistema de turnos, en contexto de ruralidad o minería y bajo condiciones de riesgo físico y psicológico. Se identifica en los hombres chilenos la participación en espacios de homosociabilidad vinculados al consumo de alcohol, prácticas deportivas y comercio sexual. A su vez, para el imaginario nacional, los hombres constituyen la fuerza laboral más relevante de la economía chilena, y por tanto, se les exige desde un mandato sociocultural el rol de proveedores y sostenedores principales de la familia (Montecino, Rebolledo & Sunkel, 1999; Valdés, 2007; Salinas, Reyes, Romani & Ziede, 2010; Salinas, Barrientos & Rojas, 2012).

El presente estudio se sitúa en la nortina región de Antofagasta. Esta región es la capital minera de Chile y enclave de importante inversión transnacional. En dicho contexto, investigaciones previas han planteado que la principal actividad productiva, en conjunto con normas rígidas en cuanto al género, perpetúa la promoción de estereotipos de género asociados a un hombre proveedor, fuerte, reservado,

competitivo, orgulloso, sexualizado, desconfiado y viril. En contraposición, se valora en las mujeres, recato, subordinación y sumisión, así como también se promueve el rol materno y actividades vinculadas al cuidado en el espacio doméstico (Barrientos & Silva, 2006).

Una investigación sobre género y minería en Chile, Thomas Klubock (1998), señala que "los mineros han tendido a celebrar y hacer suya la hombría como elemento central en la combatividad de ese sector. Pero también han aceptado como algo natural la particular formulación e invención de la hombría" (p. 223). En el contexto minero, la rudeza del trabajo consume el cuerpo y desgasta todos los aspectos de la salud psicológica (Klubock, 1998). Entre hombres trabajadores de la gran minería descansa la manifestación de un tipo de afectividad afianzada en redes primarias de apoyo (compañeros de faena minera).

En ese sentido, Connell (2003) afirmará que las características contextuales del trabajo, las circunstancias económicas y las estructuras de las organizaciones influirían en la forma en que se socializa la masculinidad. Por tanto, los elementos antes señalados favorecerían la reproducción de un modelo hegemónico de masculinidad androcéntrico, heterosexista y falocentrado, basado en un sistema de jerarquías, constante comparación y competencia entre resistencia emocional y fortaleza física (Salinas & Barrientos, 2011).

A nivel conceptual en este estudio se estableció un distanciamiento crítico de la noción de "identidad" asociada a la masculinidad puesto que encapsula y rigidiza un proceso siempre inacabado y móvil como es la vivencia del género. En ese sentido, Rodrigo Parrini (2007) señala que "*En los estudios de género se afirma de modo insistente que los sujetos son contruidos (...) se investigan sus vidas, sus deseos, sus*

prácticas y sus significados, se trabaja como si todo estuviera allí de modo consistente” (p. 15).

La propuesta teórica que sostiene este trabajo utilizará la noción de “Subjetivación de la masculinidad” (Parrini, 2007). La subjetivación será entendida como el proceso de modelamiento y regulación de la subjetividad para todos los seres sociales (De Lauretis, 1989). Al respecto, Foucault (1980) plantea que la constitución de las subjetividades supone juegos de objetivación-subjetivación donde la relación saber-poder actúa como modelador de dicha tensión. Este proceso se genera en una compleja relación entre la construcción y constricción social, emergiendo componentes subjetivos individuales enmarcados en las normas sociales de la cultura (Galaz, 2012). Así, la subjetividad comporta coordenadas histórico-políticas y conformaciones simbólicas e imaginarias (Parrini, 2007). A su vez, la subjetividad va a ser un espacio para la transformación, siendo un campo de lucha entre diferentes configuraciones de sujeto (Galaz, 2012).

Subjetividad, género y trabajo, van a estar íntimamente relacionados (Martínez-Labrin & Bivort-Urrutia, 2014). Para De Lauretis (1989) serán efectos históricos que se inscriben en los cuerpos, de allí que Judith Butler (1997), siguiendo la influencia de Michel Foucault, plantee que el género es un elemento central de la configuración moderna de la subjetividad. Emergerá así en la socialización de género una relación entre género, poder y subjetividad (Amigot, 2005; Cubells & Calsamiglia, 2014; Butler, 1997; Lugones, 2008).

2. Objetivos

El objetivo que guía esta investigación consiste en comprender el proceso de subjetivación de la masculinidad en hombres jóvenes en el norte de Chile, buscando conocer cómo viven sus masculinidades aquellos jóvenes socializados en un escenario cultural heteropatriarcal.

3. Metodología

El modelo metodológico utilizado corresponde a "Mapas Corporales" (Silva, 2013). Este modelo se ubica en la tradición del paradigma comprensivo-interpretativo, y particularmente, en el enfoque biográfico. Dicho modelo responde al propósito de contribuir a la generación de conocimientos sobre la experiencia biográfica del cuerpo, articulando técnicas de producción, análisis y criterios de validación que le permiten sistematizar su producción (Silva, Barrientos, Espinoza-Tapia, 2013)¹.

Los "Mapas Corporales" articulan las significaciones y sentidos del sí mismo como parte de un lenguaje entramado en la biografía y corporalidad de cada sujeto. Lo anterior, responde al interés de incorporar en los estudios biográficos la experiencia corporal como una persistente interrogante que atraviesa a la investigación social, puesto que en palabras de Foucault, es la carne la que encara resistencias e incógnitas por donde circula el poder social (Foucault, 1998). Por tanto, el mapa corporal propone un anclaje material en torno a las significaciones de lo corpóreo:

¹ A fin de profundizar en el modelo metodológico se sugiere revisar: Silva, J., Barrientos, J. & Espinoza-Tapia, R. (2013). Un modelo metodológico para el estudio del cuerpo en investigaciones biográficas: Los mapas Corporales. *Alpha* N.37, pp. 163-182. DOI: <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-22012013000200012>

carne, huesos, sangre y todos sus sistemas, se amalgaman con referentes simbólicos y culturales que dan sentido a la experiencia del sujeto.

En la elaboración de los mapas corporales participaron 47 jóvenes (23 hombres y 24 mujeres) de 15 a 23 años, pertenecientes a establecimientos educativos públicos y privados de distintos niveles socioeconómicos. Sin embargo, a fin de responder a los objetivos propuestos para este artículo se seleccionaron dos casos de hombres que permiten ilustrar en detalle la propuesta de análisis intertextual.

Se solicitó como criterios de inclusión: Voluntad y disposición para trabajar en el proceso de reapropiación corporal y autonomía subjetiva a partir de la recuperación de eventos autobiográficos, Continuidad y sistematicidad para participar en todas las sesiones; y Firma de asentimiento y consentimiento informado para jóvenes, padres y madres del estudiante, respectivamente, con la finalidad de resguardar criterios éticos y el uso de la autobiografía, mapa corporal y análisis para efectos de investigación.

Para la producción de información se organizaron 10 sesiones de trabajo. La elaboración del mapa se organizó en base a: conversaciones temáticas grupales, elaboración de líneas de vida y relatos autobiográficos. En este proceso se trabajó con nudos biográficos para recuperar eventos significativos, estimular procesos de reflexividad y textualización. Esta fase se caracterizó por su nivel de densidad simbólica, ya que se estimula una representación subjetiva del "Yo" sexo-generizado junto con auto-interpretaciones intertextuales de sus biografías corporales.

En la fase gráfica, se elaboró un esquema corporal sobre un papel en dimensiones reales que funcionó como plantilla donde se proyectó la iconografía de sus experiencias subjetivas y la reinscripción de narraciones sobre sus emociones y

mandatos de género. Se trabajó bajo criterios de voluntad propia en la selección de eventos, dejando en libertad el uso de materiales, formas y colores.

El trabajo de elaboración del mapa corporal se realizó de forma individual a fin de favorecer la autoexploración. Lo anterior, ya que este modelo propone, en una primera etapa, que los lenguajes de la corporalidad permiten tomar conciencia de esa "encarnación" concreta, cotidiana, subjetiva y emocional del orden social a partir de un ejercicio de reflexividad. Además, este periodo significa descubrir el propio cuerpo en su materialidad: recorrer sus pliegues, texturas, formas y matices.

En ese sentido, la representación de procesos emocionales y de socialización de género mediante iconografía, textos, colores y dibujos, dan cuenta de elementos simbólicos nucleares en la experiencia del sujeto. Esta nuclearidad se sostiene en el concepto de "imagen corporal" (Guimón, 1999; Raich, 2000), puesto que cada persona posee a nivel intrapsíquico una imagen de sí mismo, que se activa y retroalimenta con la mirada de otros y los discursos socioculturales que le sostienen.

El análisis interpretativo del material se enfatizan tres dimensiones: Narrativa, Gráfica/Proyectiva e Interpretativa, dando cuenta de una comprensión intertextual, inspirada en los trabajos de Julia Kristeva (1967), Jacques Derrida (1971) y Roland Barthes (1987). Estos autores utilizan la intertextualidad para dar cuenta de los múltiples juegos de lenguaje presentes en la cultura. Roland Barthes, por ejemplo, plantea un ideal de textualidad donde abundan las redes que actúan entre sí, sin que ninguna pueda imponerse a las demás. El modelo propone trabajar en dos momentos analíticos (ver figura 1):

a) Tratamiento del corpus documental: A su vez, se compone de las siguientes etapas. 1. Reconocimiento de productos de valor simbólico del proceso autobiográfico junto con selección de microtextos significativos de acuerdo a los criterios de búsqueda o dimensiones a estudiar; 2. Organización de categorías de análisis; 3. Elaboración y organización de matrices analíticas, articuladas con interrogantes del investigador; 4. Contrapunto teórico; y finalmente, 5. Integración y sistematización de microtextos y mapa corporal elaborando una red intertextual compuesta de color, forma, iconografía, textualidad y significados

b) Proceso de interpretación, reinterpretación e intercambio entre participantes e investigador: 1. Retroalimentación a los participantes sobre el proceso individual y grupal; 2. Reinterpretaciones, debate y contraste de propuestas de interpretación del material entre los participantes; 3. Co-construcción de un modelo de análisis-hallazgos emergente.

Figura 1. Ejemplo de matriz de análisis intertextual

Grilla: análisis intertextual			
Dimensión narrativa	Dimensión gráfica Imagen Mujer de fuego	Discusión proyectiva	Interpretación intertextual
<p>“En el 95 tenía un año, nació mi hermana faltaba tele en la casa obviamente” (...). “En el 2001 vi por primera vez a mi papá biológico era tan feo tan feo que me bloqueó en los pensamientos (risa)” (...). “El 2004 era muy plana, muy plana, del verbo plana. Me acomplejaba mucho era como que nadie tenía en mi curso, pero igual yo era plana y eso me afectaba” (...). En sexto básico me puse a pensar mucho en mi identidad, en quien era yo. Me hice vegetariana, empecé a escoger mis juntas, me defini (...). no sé me ha pasado muchas veces de que por ser bisexual, pasa al otro a que “no, no es que sea bisexual, si no que es caliente” como que agh, estúpido! (...).</p>		<p>El pelo rojo no sé me gusta el color, es solamente de estética. Igual es una cuestión súper feaca pero me gusta”...</p> <p>“el poder, no sé yo encuentro que lo más fuerte que una persona puede tener es la mente. Incluso puede haber una persona ¡muy muy fea! Pero si tiene una mente muy desarrollada puede hacer que todos alrededor pueden empezar a cambiar el pensamiento que es bonito o es feo total eso no está escrito en ningún lugar”.</p> <p>La mano en el ojo es por eso mismo porque no veo lo físico, entonces hay cosas con las que, simplemente no me fijo o cosas que para algunas personas las acompleja mucho y es entendible pero yo no me fijo” (...). no me fijaba ni en niños ni en niñas, si no que no sé, no los veía nunca por el físico, si no que mis compañeras se fijaban siempre en facciones masculinas, en cambio yo no me fijaba en eso. Tampoco en las niñas nunca”.</p>	<p>El pelo rojo en las culturas antiguas ha sido asociado a la conquista de las ideas que no son comunes, ideas que destacan, ideas diferentes, peligrosas y a una posición contestataria frente a lo establecido. La aparición del blanco es interesante, sobre todo en la piel, que dejarías entre ver la frialdad, la falta de regulación y descontrol. El mar de azul metálico del mar tiene referentes en lo frío, no habiendo de esta manera un referente cálido.</p> <p>En la parte central del cuerpo, los senos son tachados; por un lado destaca que es positivo ser “plana” (no tener senos), pero por otro lado destaca la falta que le hace los pechos más abultados para la imagen social.</p> <p>El rojo del pelo, la boca del mismo color y el cigarro (elemento fálico) es un hexágono que devela una postura: La boca no está abierta, esta aprisionando un objeto, esto podría significar la pasión por las palabras, el tema de la oralidad. La relación del poder mental y las palabras daría cuenta de la unicidad de lo que dice pero también lo que silencia. En el ojo tiene escrito la palabra timidez, alusivo a la autoimagen. Esto representaría el deseo de ocultar y proteger la intimidad y la sexualidad</p>

Elaboración propia

4. Hallazgos

A continuación se presentan 2 mapas corporales: “Hombre tribal” y “Hombre en la mira”². Ambos fueron seleccionados para ejemplificar procesos de subjetivación de la masculinidad de jóvenes socializados en el norte de Chile. Como señala Clifford Geertz (1987), este será un proceso siempre incompleto, por tanto, una aproximación también incompleta al mundo simbólico de los jóvenes.

² Esta denominación se define en base a elementos iconográficos presentes en el mapa y a la impresión general de este. Además, se utiliza con fines éticos de resguardo de la identidad.

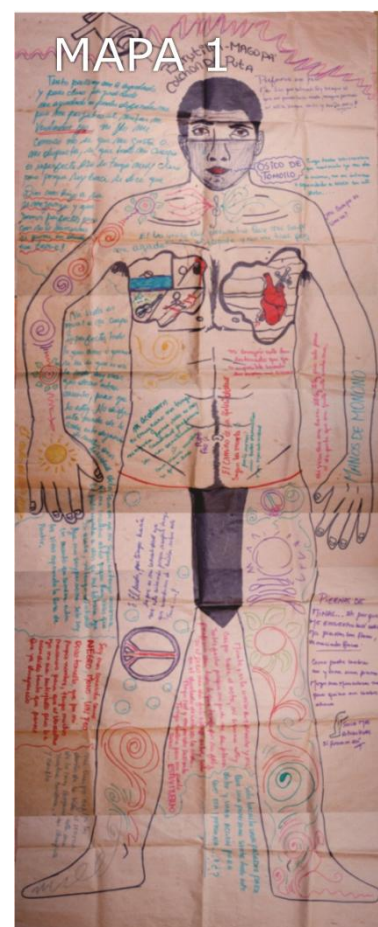
Los mapas presentan dos experiencias subjetivas y encarnadas de masculinidad: uno de sector socioeconómico bajo, maltratado por sus rasgos afrolatinos, y el otro, de sector medio-alto que debido a su piel blanca y delgadez es interpelado en su masculinidad. Ambos casos tensionan el orden social de lo masculino: el moreno con su cuerpo impugna la aspiración y reivindicación de “blanqueamiento” de la sociedad chilena, y el blanco, impugna el ideal de fuerza asociado a las expectativas de hombría en la región.

4.1. Caso 1: “Hombre tribal”

Joven de 18 años, último año de enseñanza secundaria, Colegio técnico-industrial.

Sobre su cabeza se observa en la esquina superior izquierda del lector, un megáfono encendido que lo insulta: “Birutilla, Mago pa,³ Colchón de puta”.

Este insulto es representado mediante un zigzag lila, proponiendo la reverberación del sonido del megáfono. El rostro es achurado en negro, dejando la zona de los ojos a la vista. Los ojos son repasados y contorneados en negro, cejas y pestañas gruesas. Pupilas con detalle café. En el ojo izquierdo, una circunferencia celeste terminada en forma de



³ “Mago pax”: Nombre comercial de una esponja metálica para el lavado de utensilios de cocina. Se caracteriza por ser muy comprimida, siendo utilizada para metaforizar la frondosidad del cabello afro.

gota. Labios gruesos cerrados contorneados negro y rojo intenso.

En el pecho dibuja una transparencia, al lado izquierdo un recuadro con cuatro gráficas diferentes: una circunferencia sobre un trazo pintado celeste; una pelota de basquetbol con un aro pintado de rojo, más próximo hacia el pecho; en la zona inferior izquierda una guitarra y notas musicales de rosado, verde y celeste. En el costado derecho de su pecho grafica un corazón rojo, sobre un mapa. El corazón es atravesado por una espada gris.

La zona abdominal contiene iconografía tribal en amarillo y trazos negros, más anchos a medida que se acerca a la zona genital. Remarca los músculos abdominales y al centro dibuja vellos (sobre el ombligo hacia la zona genital). En la zona genital ubica un taparrabos grueso y negro que cubre el pene. En las piernas realiza detalles tribales y simbolos coloridos con forma de flores, signo de paz y soles.

4.1.1. Análisis intertextual

Desde una dimensión simbólica este mapa comunica las huellas de dolor de un sujeto construido desde la exclusión y la marginación afectiva, en un contexto de tendencias xenofóbicas. El contexto privilegia estéticas eurocentradas, donde la piel oscura y los rasgos afro son signos de bajo prestigio, produciendo rechazo y violencias. Estas violencias las representa con la forma de una bocina con ondas de sonido que simbolizan las injurias recibidas desde su entorno relacional. La bocina resuena como grito sobre su mundo ideológico y el impacto se resiente en su subjetividad.

"El color verde amarillo y rojo me identifica mucho por la música, el reggae porque es paz y amor, no me gusta la violencia, por lo que a mí me sucedió. La pasión por el amor, la paz, decir: no a la guerra. Cuando chico (...) viví una guerra constante en mí, en mi pensamiento de no ser como soy, yo me escudé mucho en muchas máscaras, que he llegado a tal momento de pensar que ni siquiera me conozco".

"Hombre tribal" menciona colores como amarillo, rojo y verde que simbolizan la cultura Rastafari. Esta identificación podría representar un mecanismo de justicia social a la vez que reivindicación de las culturas afrodescendientes. En las culturas Quechua y Aymara, presentes en la zona andina y norte de Chile, el amarillo es interpretado como principio activo "masculino". En relación a este color, el oro igualmente es considerado como un metal vinculado a deidades dominantes. El rojo es otro color que se encuentra en distintos puntos de la gráfica. Posee un valor simbólico de sacrificio, asociado al derramamiento de sangre y ofrenda, de allí que se pueda vincular con el sufrimiento. El verde, se asocia a su deseo de trascendencia ya que el verde en distintas culturas es símbolo de fertilidad y abundancia. En comunidades originarias está relacionado con la tierra y con el trueno que provoca la lluvia.

En diferentes fragmentos de su relato "Hombre tribal" añora la pertenencia a un espacio social vincular como es el caso de una familia que lo reconozca y contenga. Señala no responder a las agresiones de sus pares:

"La bocina representa a todas las personas que me han dicho algo, las burlas, todo, todo lo que mis oídos escuchan, escribí los sobrenombres que me han dicho y cada cosa que vivo cada día en el colegio, yo me sé todos los sobrenombres, porque me los repetían mucho".



El lenguaje injuriante que soporta a diario "Hombre Tribal" por parte de sus compañeros de colegio se asocia a rasgos físicos: rostro mestizo, piel morena, pelo abundante de rizos pequeños y estatura media-baja. Estas características afrolatinas, a propósito del crecimiento de la inmigración colombiana en Chile, son rechazadas mediante manifestaciones de prejuicio racial, lo cual ha supuesto la perpetración de formas de

violencia étnica⁴. De modo que sus características raciales son vinculadas a categorías de pertenencia de clase o nacionalidad, configurando un ordenamiento simbólico en sus interacciones.

El mapa de "Hombre tribal" da cuenta del sufrimiento por las agresiones experimentadas. Para protegerse, resguarda la expresión de sus emociones tras una

⁴ El prejuicio étnico se manifiesta en expresiones callejeras, titulares de prensa, rayados de paredes y declaraciones de autoridades. En dicho contexto, el Instituto Nacional de Derechos Humanos criticó al intendente de la región de Antofagasta, Waldo Mora, quien señaló a un medio de circulación nacional que los inmigrantes colombianos causaban "problemas de convivencia y quiebres matrimoniales" (INDH, 2013).

maskarada de aparente tranquilidad. Hay una máscara que oculta parte de su rostro y sólo deja visible el dolor a través de sus ojos tristes y mirada melancólica.

"Yo nunca lloré en mi casa, entonces lo único que trataba de calmar mis emociones era la música, nunca me desahugué, nunca dije, me duele algo, me duele, tengo pena o tengo rabia, tengo impotencia y bueno, eso y me ayudó a desahogarme y ver todos los puntos de vista también cómo me siento. Un amigo me decía que era un esclavo, por evitar la violencia, me iba del lugar. También yo tengo culpa de no haber encarado eso de parar así apenas empezó y evitar todo. Igual me siento culpable".

Se destacan partes del cuerpo y se significan experiencias en rojo: labios, corazón, cintura y ciertos textos. Rafael Karsten (1930) sobre el uso del rojo señala que en el contexto andino telas de dicha tonalidad son ofrecidas a la pachamama como señal de protección contra el extravío y señalización del camino de retorno a casa. En su búsqueda "Hombre tribal" fragmenta su cuerpo y parece perder partes de sí mismo, a propósito de la violencia que conlleva el prejuicio y la discriminación sobre rasgos indígenas y oscuros andinos. "Hombre tribal" sitúa señas corporales en rojo como simbolización de la necesidad de no sentirse perdido en los escenarios de hostilidad que constriñen su experiencia corporal y le agreden.

"Todo el tiempo, he sabido salir adelante, pese a lo que dicen, siempre busqué una salida, nunca me quedo tirado, nunca me tiro a morir, siempre buscaré la forma de levantarme y siempre solo, solo por una mano, y las veces que me ha ayudado a levantarme".

El trazo general es grueso, remarcando un cuerpo macizo. Esto sugiere la necesidad de protección frente a la hostilidad de sus pares. Existen tres zonas del mapa que revelan mayor sufrimiento y tensiones: cabeza, manos y zona genital. La gráfica global proyecta la imagen de un personaje étnico: la piel inscrita con formas tribales y colores de la cultura Rastafari adornan el cuerpo. En el centro, en la zona genital, ha dibujado un pene y sus testículos, luego los ha cubierto con un taparrabo negro de mayor longitud que los genitales, sostenido por un hilo rojo que corta las caderas. La línea roja que divide el cuerpo en dos, se puede interpretar como rasgo de inseguridad en sus relaciones socio afectivas y sexuales, lo que se reconoce en la siguiente auto-interpretación:

"Yo igual soy un poco tonto porque si veo que lo que tengo adentro es más bonito de lo que tengo afuera, yo mismo me echo a perder, ¿me entiende?, Los vicios que tengo como el cigarro, el alcohol... igual, tomo mucho en los carretes, igual fumo marihuana que daña mucho más que el cigarro en los pulmones por el asunto de aspirar".

Todo el cuerpo es delineado con una capa gruesa y remarcada de color negro: el achurado del rostro, relleno del pelo, entre otros. Resalta como uno de los colores más importantes del mapa. En ese sentido, el negro cumple una función de aislamiento ya que impide a su interior expresarse con fluidez. El negro con que "hombre tribal" separa el mundo interno/externo en las culturas Aymaras y Quechuas es considerado especialmente nefasto, simbolizando el caos y sentimientos negativos. Se asocia a espíritus masculinos peligrosos del fondo de la tierra.

La cabeza es representada de forma pequeña respecto del mapa general. El trazo achurado que recubre el rostro sugiere deseos de ocultamiento y ansiedad frente a una autoimagen deteriorada. La tensión blanco/negro comunica la desesperanza e

inadecuación con que experimenta su masculinidad en un contexto de discriminación. La desesperanza se equilibra a través de una franja de luminosidad donde los ojos permiten establecer conexión y búsqueda de apoyo en otros significativos.

"Cuando chico viví una guerra constante en mí, sufrí en mi vida, en mi pensamiento de no querer ser como soy, yo me escudé en muchas máscaras, que he llegado a tal momento de pensar que ni siquiera me conozco".

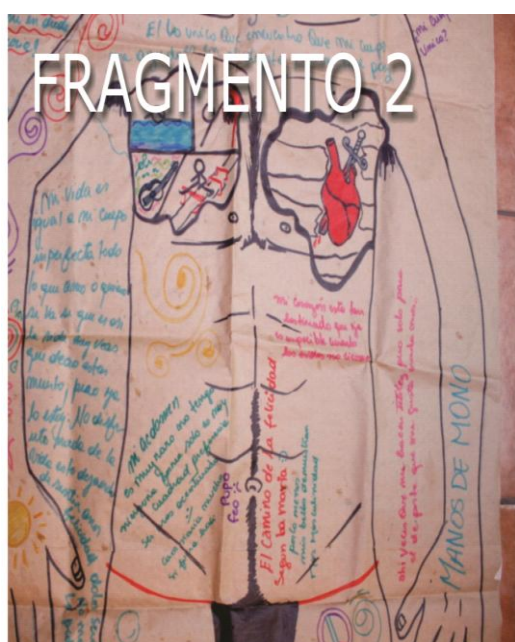
En la expresión facial se transmite tristeza y desamparo. Esto se simboliza con una lágrima celeste, proyectando melancolía. En medio del rostro dibuja una nariz ancha con orificios expuestos. Esta iconografía sugiere una exaltación de rasgos asociados a la masculinidad falogocéntrica, lo cual le hará ser competitivo y atractivo frente a las mujeres. Lo anterior, se complementa con la postura de brazos en jarro, ombligo con vello corporal y boca roja. Junto a la boca remarca el insulto "*hocico de tomoyo*"⁵.

Estos símbolos dan cuenta de una tensión entre la aceptación y atractivo que genera en sus pares mujeres y el rechazo por parte de sus pares varones. En ese sentido, entre las mujeres se siente protegido, recepcionando afectos positivos que le permiten sentirse a salvo de la violencia masculina, incluso competente en la relación inter-género, a pesar de la injuria intra-género que niega su masculinidad cuando le atribuyen comportamientos homosexuales.

⁵ Tomoyo es un pez presente en el litoral del norte de Chile, característico por su boca prominente y ojos saltones. Esta metáfora ha sido utilizada recurrentemente como forma de insulto.

"Cuando yo era menor, creo que me humillaban por envidia, porque soy muy calentito de las manos, y mis amigas por lo mismo me tomaban de las manos. Siempre tuve muchas amigas y con ellas fui más sutil, ellas nunca me discriminaron. En cambio los hombres me insultaban, y siempre me junté más con ellas, ellos me interpretaba mal; decían que yo era homosexual, o que yo era mujeriego. Eso puede haber causado envidia, o una reacción de celos, también, porque yo en los deportes siempre me destacué, en natación, en correr".

El violeta o lila se expande en forma de rayo sobre su cabeza, enmarcando los insultos. A este color se lo considera en la cosmovisión andina como significado de sufrimiento, por ejemplo, cuando lanas violetas son usadas contra una persona en un acto de magia negra o brujería. Es una metáfora de lo que los insultos pueden llegar a dañar intrapsíquicamente a "Hombre tribal", el responde como se espera en el sistema sexo/género, aparenta frente a los otros estar bien y resiste el ritual de paso de la masculinidad juvenil ejercido por sus pares con mayor poder simbólico.



En el tronco, a la altura del pecho, consigna experiencias biográficas positivas – negativas sobre cuatro gráficas: Izquierda, un balón con un aro de basquetbol, más próximo hacia el pecho; una guitarra y notas musicales. En el lado derecho un corazón rojo atravesado por una espada gris, sobre un mapa. Todos estos íconos destacan sus aptitudes para los deportes, lo cual le reporta gratificaciones y reconocimiento en su

entorno significativo. Esto le permite a su vez ser validado como varón competente por los mismos que lo injurian. El deporte posibilita un lugar entre los cuerpos legítimos. Asimismo, su gusto por la música con sentido social y político (reggae) muestra su deseo de inclusión.

"Tengo talento para el basquetbol, incluso mis manos que no me gustan, porque son muy grandes, me ayuda mucho. Tengo mucha habilidad para la pelota. El atletismo me encanta, correr, mis piernas son muy flacas, incluso tengo piernas como de mujer, son muy flaquitas, me ayudan a correr. También me gusta que mi cuerpo es adecuado para el deporte".

En relación con lo anterior, su éxito en la práctica deportiva resulta una vía de acceso al prestigio y legitimidad masculina. Un cuerpo productivo, disciplinado para la competencia, donde logra que todo aquello injuriado y deslegitimado por sus pares sea compensado y valorado.

El sufrimiento es metaforizado en un corazón atravesado por una daga, lugar simbólico de las emociones y las ideas más nucleares del "Yo", por tanto, las heridas emocionales que lastiman su corazón las desplaza hacia el placer corporal de los éxitos deportivos. La zona izquierda expresa a su vez resistencia, fuerza corporal y emocional, como un opuesto que le permite encarar las injurias cuando él señala: *"Viví una guerra"*.

La zona genital posee un relato con doble significación. Por un lado, revela ansiedad en sus relaciones afectivo/sexuales, dejando entrever un malestar en cuanto a sus interacciones erótico-amorosas. Estas han dejado huellas de rechazo y auto denigración corporal. Por otro lado, en la gráfica exalta simbólicamente la potencia

sexual a través de un icono fálico de longitud sobresaliente que le haría competente en un escenario falogocentrado, confirmando posibilidades para la conquista y reproducción.

"El placer sexual no me satisface mucho, no me produce gran felicidad, incluso si uno llega a pensar en el pene, para lo único que sirve es para tener relaciones o para procrear. Yo lo tapé porque simboliza el pudor que yo tengo de hablar del tema de la sexualidad, y también porque la felicidad es momentánea".

El pene es dibujado y luego se oculta bajo un taparrabo negro, simbolizando un poder cultural de la masculinidad. Este acto lo incluiría como integrante de una comunidad de hombres que dominan sexualmente el contexto. Sin embargo, lo denigra por la atribución de rasgos raciales con bajo prestigio social. En la simbolización de un pene prominente se reivindica, y a la vez, relata su placer melancólico: *"la felicidad es momentánea"*.



Se observa melancolía en su experiencia sexual, una búsqueda afectiva acogedora que no alcanza su ideal de amor romántico. Fantasea con un rol que le otorgase un lugar irrefutable en la socialización de la masculinidad hegemónica: la paternidad. Esta es proyectada como oportunidad de reparación de lo que considera incompleto en su subjetivación de la masculinidad. Se identifica una crítica a la genitalidad de la sexualidad centrada en el orgasmo, en oposición, promueve la búsqueda de relaciones románticas basadas en el amor.

"En el sexo jamás la persona va a encontrarse con algo a largo plazo, son momentos muy chicos que uno puede sentir, no necesariamente del pene, sino de la felicidad en general. La felicidad para mí puede ser el que nazca mi hija, porque va a ser mujer. Yo pienso como voy a ser de padre, ojalá mi hija no tenga ningún defecto o ningún problema, cosas que tengo yo, ojalá ella no sea así. Y da mucha tristeza de que la felicidad sea lo que siente en el pene, ¿cuánto dura tener eyaculaciones?, eso es un momento no más de placer para mí no es felicidad".

A través de la sexualidad, emerge una tensión entre la manifestación del deseo sexual (debido a una significación del acto sexual como efímero) y la búsqueda de una relación estable. En el relato se explicita la necesidad de ser deseado y valorado como amante y padre. El deseo sexual se valida en base a una relación de trascendencia y reproducción.

"Yo miraba mi cuerpo y decía ¡aggg que asco! me miraba y me vestía rápido. Incluso mi ex polola, me veía desnudo y no decía nada, nunca me dijo algo bueno, solo me miraba desnudo en el acto sexual. Eso me llevó a dejar un gran tiempo de tener contacto físico, ni yo mismo me tocaba, o con una mujer, no me gustaba ya, como que me empezó a producir nada".

Las manos sobresalen, como zona de contacto con el mundo. Grafica dedos gruesos, palmas grandes y uñas remarcadas. En su brazo sitúa la injuria de sus pares: "manos de mono". Las características de sus manos pueden interpretarse como una metáfora del deseo de pertenencia, de asirse a su entorno. No obstante, en su opuesto, como una estrategia para defender su espacio íntimo. En ese plano, puede contener elementos simbólicos de agresividad defensiva hacia sus pares. Las uñas se

encuentran remarcadas, sin embargo, son curvas, en un intento de modular socialmente la manifestación de dicha agresividad.

"Mis manos que no me gustan, nunca me han gustado porque son muy grandes, sin embargo me ayudan mucho, porque tengo habilidad para jugar basquetbol".

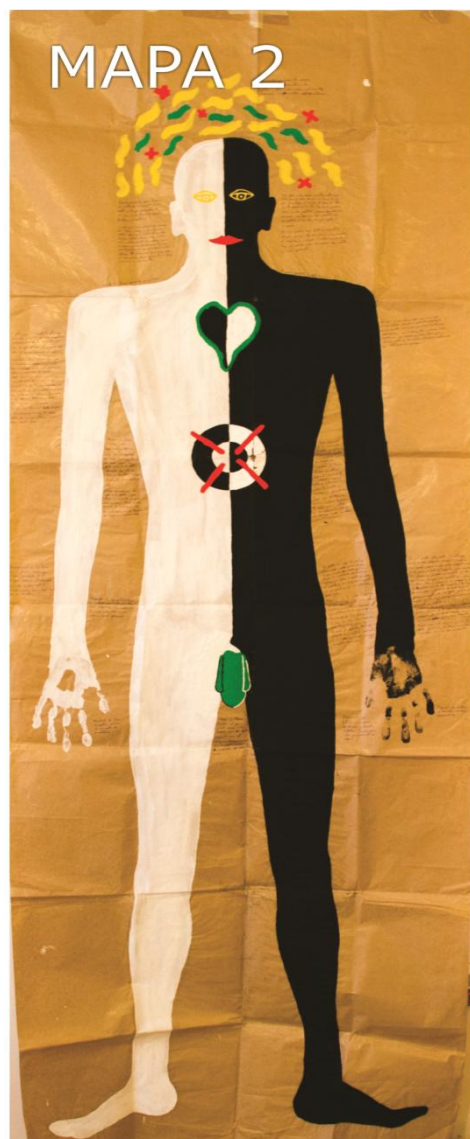
Los símbolos tribales que cubren la piel con iconografía de la naturaleza como flores, soles o símbolo de paz, proponen una impresión general del mapa de este joven. Esta simbolización da cuenta de sensibilidad y orientación hacia actividades que promueven contacto, trascendencia y misticismo. Esta identificación podría interpretarse como una forma de rebelión y resistencia al modelo cultural de socialización de la masculinidad presente en su entorno, el cual reivindica valores tales como la fuerza, el uso de la violencia y el poder económico.

4.2. Caso 2: "Hombre en la mira"

Joven de 19 años, estudiante universitario de primer año, Universidad privada.

Se observa un esquema corporal rígido, delgado y dividido en dos hemisferios. Desde la perspectiva del joven, la zona derecha es blanca, y la zona izquierda es negra. La posición del cuerpo denota tensión corporal, principalmente por los hombros comprimidos al igual que los brazos apegados rígidamente a los costados.

Bajo el cuello y en medio del pecho incorpora tonalidades complejas entre sí: un corazón negro/blanco de contorno verde. En el centro del torso dibuja un círculo que al observador podría dar la impresión de un "punto de mira" (tiro al blanco), con cuatro líneas rojas. Utiliza la misma polaridad negro/blanco



El pene y los testículos están delineados con blanco y negro y pintados de verde completamente. Las manos en lugar de estar dibujadas como el resto del cuerpo fueron plasmadas directamente con pintura, dejando sus huellas dactilares en el mapa. Las piernas se encuentran separadas, y los pies abiertos en direcciones opuestas hacia afuera.

4.2.1. Análisis intertextual

Su estilo gráfico es minimalista y escaso en detalles, transmitiendo rigidez en el contexto relacional. Las líneas finas y compactas de su mapa sugieren la necesidad de crear un mundo interior estructurado, produciendo una impresión de orden y tensión. Pareciera que sin esta presión, todo su interior saldría por sus poros. Su mapa genera la sensación de un cyborg, despojado de toda carnalidad y emocionalidad.

"Lo que me gusta de mi cuerpo es mi rostro y lo que principalmente me atrae de los otros en lo físico también es el rostro".

En el rostro de "hombre en la mira" no existe una línea divisoria entre la cabeza-rostro y el cuello. La cabeza es calva y sobre esta dibuja líneas curvas amarillas-verdes y algunos signos similares a cruces rojas. Sus labios son rojos, delineados y cerrados, resaltando como rasgos de pasión. Sin embargo, la rigidez de la boca señala temor a la expresión de sus palabras. "hombre en la mira", señala al respecto:

"Ideas, pensamientos que rondan la cabeza, algunos relacionados al placer, otros a la angustia, y otros a ideas varias. Cuestionamientos, creaciones. Y con todo, bastante fantasía".

La calvicie en el mapa, podría metaforizar conflictos en su relación con el modelo de masculinidad hegemónico en su cultura. Lo anterior, debido a que el desprendimiento del cabello ha sido históricamente asociado a un signo de deshonra con el cual se pretende injuriar a la persona. Según Perrot (2009), se rapaba a los prisioneros, siendo una estrategia de burla y purga de las debilidades morales.

El vello corporal ha sido completamente omitido. En ese sentido, Perrot (2009) plantea la importancia simbólica del vello corporal y cabello en la representación del cuerpo, puesto que es un arma de fuerza y seducción. El cuerpo sin pelo es degradado, quedando al desnudo. Asimismo, el cráneo y el cuerpo rapado deserotiza y desexualiza, dejando al sujeto en una situación de vulnerabilidad (Perrot, 2009).



Por el contrario, en el siglo XXI el rapar la cabeza y el cuerpo podría considerarse un signo de pertenencia grupal, religiosa, política, o bien, un ideal estético, como es el caso de manifestaciones culturales tan diversas tales como la cultura skinhead, marines, monjes budistas, y asimismo, la valoración contemporánea de un cuerpo desprovisto de vellosidades.

La nariz ha sido interpretada por la tradición psicodinámica como símbolo de virilidad. En el mapa, vincula esta parte del rostro a la belleza, la exageración del tamaño o la forma de este rasgo supondría para él la falta de armonía y estética. "Hombre en la mira" suprime la nariz refiriendo:

"Actualmente me pasa que no suelo encontrar bonitas las narices, como un adorno que no siempre se ve bien, pero sería tremendamente raro que alguien no la tuviera. Mi dibujo no tiene nariz, sería un mal adorno".

Los ojos son representados a través de un delineado amarillo y una transparencia, transmitiendo una confrontación entre lo frío (vacío, traslúcido) y lo cálido del color

(luz, energía). Esta tensión podría dar cuenta del mundo en que desarrolla sus emociones, el dolor del rechazo y su lucha por vencerlo. Los ojos graficados de forma traslúcida dan la impresión de claridad frente a sus objetivos.

"A través de los ojos me llega el mundo. A través de ellos yo le expreso a los otros. La boca produce placer con las palabras, forma de seducción. Sin ojos o sin boca no hay rostro. Los oídos, las orejas, son solo receptores de las palabras de los otros".

El rostro como escenario donde el alma se rebela toma cuerpo para indicar a quien lo estudia, según David Le Bretón (2010). Le Bretón, plantea que el rostro es poseedor de la verdad escrita en una lengua poco accesible, salvo atrás de sus rasgos. El rostro de "hombre en la mira" posee ausencia de cabello y nariz, lo cual podría representar rechazo hacia un tipo de masculinidad asociada a la fuerza y virilidad del hombre encarnado en las masculinidades mineras del norte de Chile, donde los atributos destacados en sus rostros son: rudeza, fuerza, rigidez debido a la negación de las emociones, piel curtida bajo las inclemencias del tiempo; rasgos reforzados en el imaginario local como símbolo de una masculinidad competente y en definitiva un cuerpo legítimo.

"En mi colegio, en el gimnasio, mis compañeros me interpelaban con mi físico, yo no me preocupaba de él [el cuerpo]. Al final todo es interiorizado (...) fue un conflicto para los otros que me observaban, este conflicto es en presencia de otros. Mi cuerpo es mi cuerpo y debería ser aceptado por los otros tranquilamente. Aunque igual a solas se produce el conflicto conmigo cuando pienso... me gustaría ser más gordo. Lo mejor sería que superara por mi parte ese conflicto con mi exterior, ya que a la sociedad no la puedo

cambiar. Si hasta yo me preocupo del físico de los otros, aunque me centro en la cara principalmente. Siento la necesidad, más que de un cambio físico, una liberación psíquica. Esa es la razón de que no me agrada el verano y la playa, son instancias de poca ropa. Ese es mi trauma infantil”.

“Hombre en la mira”, nos sugiere los malestares que le acompañan desde la infancia hasta la entrada en la universidad: la autoimagen centrada en su experiencia corporal. En ese sentido, la autoimagen se constituye en un constructor cultural complejo que incluye, simultáneamente, la percepción del cuerpo y sus movimientos, sus límites y está basada en experiencias subjetivas: actitudes, pensamientos, sentimientos y valoraciones inscriptas en un mundo socio-histórico (Raich, 2000).

Lo anterior, resulta relevante en la subjetivación de la masculinidad ya que la imagen corporal de cada persona implica la legitimidad de su cuerpo frente a otros, siendo una vía para la inserción en grupos a los cuales un individuo quiere pertenecer, a su vez, posibilidades de conquista y/o rechazo. “hombre en la mira” ha sido sujeto de observación del mundo social en base a su estructura corporal, talla, peso y tono de piel. Los sentimientos de inadecuación son intensos, posicionándolo en un territorio de abyección, situado como un sujeto no deseado. Estos sentimientos de inadecuación le han producido crisis intrapsíquicas.

En el brazo izquierdo inscribe: “No me gusta esta parte, el alter ego. A veces mi cuerpo no me agrada porque es demasiado delgado, o sea, si te pasan molestando toda tu vida por ser tan flaco, te produce un conflicto con la apariencia. A mí, me produce crisis emocional, desbordes de emoción negativa que no comprendo y aparición de temores llevados al extremo. Confusión, sensación de dualidad. Emoción interna intensa. Ideas de muerte

y locura sin racionalidad. Luego supe que tiene un nombre: trastorno de pánico. Un miedo que se controla con los años y una latencia que disminuye también con ellos”.

“Hombre en la mira” vive en una cultura que promueve la resistencia y competitividad de los cuerpos masculinos. Por el contrario, habita un territorio corporal etéreo, impugnando la masculinidad hegemónica de su entorno. En ese sentido, hay una gran paradoja en la inserción de “hombre en la mira” en lo cotidiano: ser blanco, delgado, alto y de cabellos claros, responde a un ideal altamente valorado en su cultura y representa el ideal de un cuerpo legítimo en un contexto socioeconómico alto. Sin embargo, su experiencia corporal le sitúa en un territorio de fragilidad y androginia, subjetivándose como un hombre con un cuerpo no legítimo.

“Me gusta mi color de piel, es blanca, aunque medio pálida. A pesar de que cuando era niño igual en el colegio me molestaban por eso. Supongo que la falta de apoyo familiar referente a lo de ser flaco ayudó a mi problema, ya que ellos [compañeros de colegio y padres] manifestaban lo raro que era que alguien fuera tan flaco, hasta el día de hoy. Hace unos años atrás discutí con mi hermana al respecto. Realmente el asunto es un conflicto entre “yo” y los “otros” en el cual mi “yo” ha salido mermado”.

Frente a los sentimientos de inadecuación social de “hombre en la mira” hay desconfirmación proveniente de figuras significativas. Su entorno más próximo se extraña por su experiencia corporal, no ofreciendo un continente para sus afectos. Sobre su brazo derecho registra el relato:

"Hechos familiares de los cuales prefirieron protegerme, hacen que ahora piense que cada persona tiene su vida y que la puede vivir a su estilo (...) A veces pareciera que las cosas no te afectan, pero llega un momento en que una emoción intensa aflora cuando lo verbalizas. Al fin y al cabo fueron tres años que luego se volvieron diez. Búsqueda de mi protección en un contexto social visto por ella [la madre] como peligroso, sobreprotección. Un niño introvertido en un entorno social peligroso, hostil".



La representación gráfica que hace de su cuerpo propone un binarismo en oposición blanco (derecho) – negro (izquierdo). Esta dicotomía podría relacionarse con la búsqueda de equilibrio entre el sufrimiento y la necesidad de estructuración a fin de sobrevivir en un entorno hostil que promueve precisamente la desorganización de las emociones y su malestar psicológico.

"Aparición de temores llevados al extremo. Confusión, sensación de dualidad. Emoción interna intensa. Ideas de muerte y locura sin racionalidad".

En el análisis de los colores dominantes de la gráfica se contrastan líneas interpretativas provenientes de dos tradiciones. Por un lado, la cosmovisión andina presente en el norte de Chile, y por otro lado, la tradición antropológica de Víctor Turner (1999) realizada en culturas Africanas. En ambas, la confrontación de colores supone pares antitéticos que representan relaciones como bondad/maldad. Esta perspectiva resulta de utilidad para comprender la subjetivación de "hombre en la mira". En la cosmogonía andina, el color blanco simboliza fertilidad y lo femenino vinculado a la tierra, por el contrario, el color negro se vincularía a lo perverso, nefasto y la muerte (Camacho & Guzmán, 2006).

"El blanco representa mi exterior. El negro representa mi interior".

Rituales de las culturas señaladas previamente describen la conjunción blanco/negro/rojo, cada uno con cualidades distintivas. En "hombre en la mira", el blanco podría vincularse a sus afectos y su emocionalidad, asimismo, una vulnerabilidad frente al mundo. El negro se vincularía al dolor, pensamientos depresivos, a la vez que una actitud defensiva, sobretodo, si incorporamos en dicha interpretación el valor sacrificial del rojo. Víctor Turner (1999) plantea que esta conjunción cromática representa un estado psíquico de tensión entre opuestos y una actitud reflexiva hacia el mundo.

"Deseo y placer, a pesar de que puede funcionar solo prefiero que lo haga en conjunto con el corazón, aunque rivalizo con la propia razón en mi búsqueda de esa unión".

Tanto en el corazón, como en la zona genital, hay contrastes de color blanco/negro y presencia de verde. El mundo de la afectividad y del deseo concentra, por tanto,

tensiones de opuestos que podrían ser interpretados en la dualidad racionalidad/emocionalidad. Esta tensión se resuelve con el verde que viene a representar fertilidad, vitalidad y esperanza (Camacho & Guzmán, 2006). Si bien, en su mapa expresa apertura hacia el placer sexual y erotismo, dada la gran cantidad de tonalidad verde, esta exaltación es inscrita en la dualidad blanco/negro. Esta tensión podría dar cuenta de sentimientos de inadecuación social configurado en el núcleo cuerpo-afectividad-deseo. Dicho núcleo de tensión le podría llevar a negar o reprimir sus interacciones sociales románticas o eróticas.

En la representación del mapa corporal de "hombre en la mira" se impugnan símbolos de la masculinidad hegemónica que exaltan un rostro con expresión de rudeza y virilidad, musculatura, vello corporal, manos y pies fuertes. Asimismo, la caracterización de los genitales con vida propia y significaciones asociadas a compañerismo y fraternidad. Estas particularidades están ausentes en "Hombre en la mira". Sin embargo, se grafica un pene verde que resalta en el centro de su cuerpo andrógino. El significado del verde se relacionará con la fertilidad desde lo reproductivo (Camacho & Guzmán, 2006; Heller, 2008). Por tal motivo, "hombre en la mira", restituye desde lo simbólico un lugar de prestigio social para su "otra" masculinidad, utilizando códigos culturales de la masculinidad hegemónica.

A "hombre en la mira" la exposición frente a otros le genera vergüenza. Su entorno ha cumplido un rol evaluativo de su imagen corporal, su tono de piel pálido y la delgadez de su estructura ósea. El no desea ser mirado. Al respecto, Simmel (1938) señala que la vergüenza aparece como una emoción aprendida en lo social, construida junto con la subjetividad corporal. Además, refiere que frente a la

presencia de otros emerge el pudor como un mecanismo de repliegue ya que el "Yo" ha sido descubierto, desnudado por la observación.

Las burlas sufridas desde la infancia, el rumor, la excesiva preocupación y extrañamiento por su corporalidad por parte de sus pares e incluso por su familia, le han generado a este joven un estado de alerta permanente que da nuclearidad a su subjetivación de la masculinidad. De allí que "hombre en la mira" busca mostrar en la presentación de su "Yo" social un sujeto competente desde los ámbitos afectivos y cognitivos, un hombre medurado en tránsito a la adultez.

5. Conclusiones

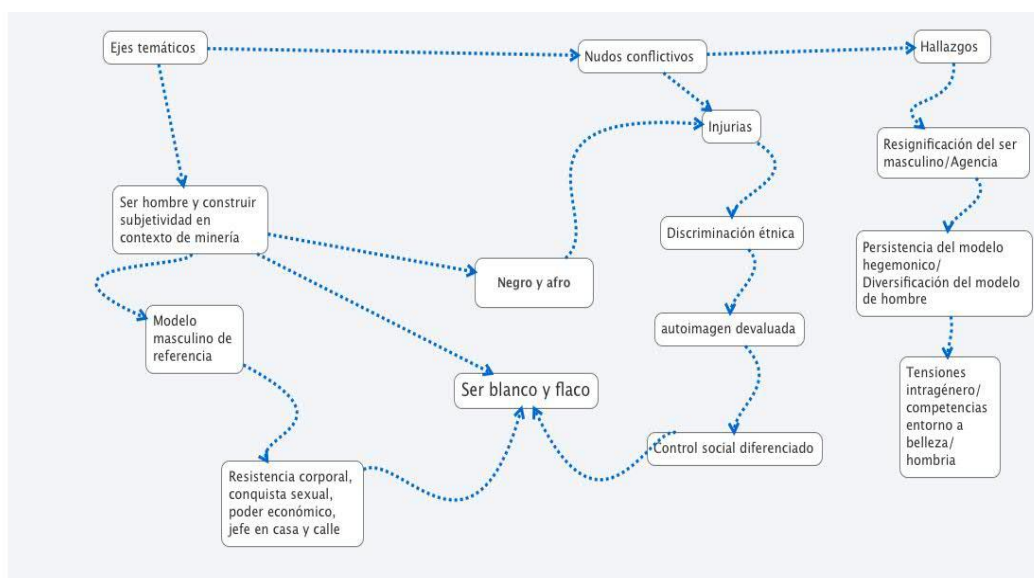
El objetivo de la presente investigación consistió en comprender el proceso de subjetivación de la masculinidad en hombres jóvenes en el norte de Chile. Para cumplir con dicho objetivo se seleccionó dos casos a fin de graficar en profundidad la propuesta analítica orientada a conocer la subjetividad de jóvenes en el norte de Chile, desde una perspectiva corporeizada y de género.

Los análisis de mapas corporales han permitido identificar interpelaciones que viven los jóvenes varones en la subjetivación de su masculinidad, como así también, impugnaciones que ellos hacen al modelo hegemónico presente en su cultura. Este modelo se sostiene en la reproducción de mandatos de género tradicionales promovidos por un paradigma patriarcal y heterosexista. Desde esa lógica, emerge la dicotomía cuerpo legítimo/ilegítimo en un contexto de masculinidad hegemónica.

A continuación se discutirán los principales hallazgos sintetizados en el siguiente modelo emergente (ver figura 2).

De acuerdo a la "Consulta Ciudadana sobre discriminación en Chile", realizada en junio de 2013, un 52% de la población expresa haberse sentido discriminada por su apariencia física (Gobierno de Chile, 2013). Lo anterior se vincula a que en las sociedades occidentales contemporáneas el cuerpo constituye uno de los principales indicadores de prestigio del sujeto, permitiendo representar preocupaciones por los modelos de belleza, la identidad étnica y los roles de género.

Figura 2. Modelo emergente de análisis



Elaboración propia

El género es una categoría entramada multidireccionalmente con otras categorías constitutivas de la identidad sexo-genérica. De este modo, si articulamos clase, etnia, edad, u, orientación sexual a la categoría género el análisis se complejiza. Así, la identificación de un sujeto con una categoría que cobra sentido en la estructura social

no supone automáticamente una relación lineal con otra, como así también, los modos de subjetivar la inscripción simbólica en tal entramado.

En el caso del sistema sexo/género, promovido desde el eurocentrismo, María Lugones (2008) llamará interseccionalidad a esta relación compleja de categorías que hacen posibles la subjetivación del género. *“La interseccionalidad revela lo que no se ve cuando categorías como género y raza se conceptualizan como separadas unas de otra”* (p. 81).

Para Lugones (2008), la denominación categorial construye en un espacio simbólico aquello que se nomina en múltiples aristas. En ese sentido, en el contexto minero del norte de Chile se observa que prevalecen patrones culturales de hegemonía, los cuales, contienen normativas dominantes y se configuraran a partir de binarismos que sitúan a los sujetos en una posición. De modo que, desde una lectura de la socialización de género, la hegemonía en el norte de Chile reivindica un tipo de hombre que ejerce el poder político, económico y simbólico. Desde la corporalidad, se promueve un ideal de cuerpo fuerte, apto para las exigencias de condiciones climáticas extremas, hábil en los deportes, en el trabajo de la tierra y la seducción-reproducción. Lo anterior, además, debe responder al ideal de belleza eurocéntrico: blanco, alto, pelo claro.

Es importante relevar que el malestar identificado en estos hombres jóvenes pareciera ser subjetivado como parte de un ritual de paso desde la masculinidad juvenil hacia una masculinidad adulta, sin importar el lugar que se ocupa en distintos puntos de la interseccionalidad de género con otras categorías tales como clase social o atributos de género, como “masculino/femenino”.

Un ejemplo de esta propuesta analítica se puede identificar en “hombre en la mira”, ya que si bien pertenece a un nivel socioeconómico acomodado y posee el prestigio asociado a la pertenencia étnica de la piel blanca, el hostigamiento de sus pares se relaciona con el rechazo de su corporalidad andrógina. Su cuerpo no es lo suficientemente musculado y atlético para inscribirlo como un cuerpo legítimo.

Surge así la siguiente paradoja en cuanto a la socialización de la masculinidad. El norte Chileno fue explotado por empresarios mineros ingleses durante el siglo XX, valorándose creencias y estilos raciales europeos como un ideal a alcanzar. Desde esa lógica “hombre en la mira” respondería a estos patrones estéticos deseados, sin embargo, debido al rechazo de su fragilidad por parte del entorno cultural su masculinidad es motivo de segregación y extrañeza.

Por otro lado, “Hombre tribal”, posee un cuerpo hábil para el ejercicio de los deportes, apropiado para la reproducción y el trabajo vinculado a la fuerza, no obstante, el ordenamiento simbólico gestionado por sus pares rechaza sus rasgos físicos andinos y el color de su piel oscura.

El modelo que sostiene la segregación racial en Chile se encuentra presente desde la época colonial y se reconfigura en el siglo XIX a partir de la “*Guerra del Pacífico*”, constituyendo un modo de pensar rasgos de la Chilenidad en base al sujeto europeo (González, 2002; Salazar & Pinto, 2002). Dicho modelo desprecia al indígena andino y la negritud afrolatina (Tijoux, 2013) que en la intersección de género y raza (Vargas-Monroy & Pujal, 2013) genera un ordenamiento social desde el espacio simbólico.

La injuria emerge en la socialización de la masculinidad como un dispositivo de control social. Como manifestación de violencia se evidencia, tanto en el lenguaje, como en las acciones, y se relaciona con situaciones de humillación, acoso e insulto. Para Didier Eribon (2001), "*La injuria no es solamente una palabra que describe (...) El que lanza el ultraje me hace saber que tiene poder sobre mí, que estoy a su merced*" (p. 30).

En la subjetivación de la masculinidad la injuria se utilizará a fin de regular comportamientos, buscando reforzar un ideal de masculinidad para la cultura. Por tanto, se estructura con base en aspectos físicos, pertenencia étnica, orientación sexual o situación económica, entre otros. En ese sentido, la injuria como acto de lenguaje, "*asigna a su destinatario un lugar determinado en el mundo. Esta asignación determina un punto de vista sobre el mundo, una percepción particular (...) La injuria me dice lo que soy en la misma medida en que me hace ser lo que soy*" (Eribon, 2001, p. 30).

Para Foucault (1999), la manifestación del poder conlleva la posibilidad de actos de resistencia por parte del sujeto. "*En las relaciones de poder existe necesariamente posibilidad de resistencia, pues si no existiera tal posibilidad -de resistencia violenta, de huida, de engaño, de estrategias que invierten la solución- no existirían en absoluto relaciones de poder*" (p. 405). El poder en tanto que relación de fuerza considera siempre una fuerza contraria, una que se resiste.

Esta dialéctica poder/resistencia supondrá un espacio para agenciamientos por parte del sujeto. Por esta razón, aquellos jóvenes que no se ajustan al modelo hegemónico de socialización de sus masculinidades pueden generar impugnaciones a

dicho modelo, desarrollando resistencias, en tanto, formas de agencia que les permite encarar la embestida del poder falogocéntrico.

“Hombre tribal” busca refugiarse en el espacio de gratificación que reporta la convivencia con las mujeres y “hombre en la mira” se aísla, rechazando la observación de los demás y atribuyendo la responsabilidad del prejuicio a la mirada evaluadora de los otros. Las masculinidades encarnadas por “hombre tribal” y “hombre en la mira” proponen un punto de fuga a la masculinidad hegemónica en contexto de minería, desarrollando un proyecto de masculinidad que resulta objeto de burlas y ataques, sin embargo, un acto político de resistencia al poder.

El análisis de mapas corporales de estos dos jóvenes nos permite plantear que la subjetividad masculina en el norte de Chile se fragua en medio de presiones sociales y condicionamientos culturales que actúan de espejo para una sociedad discriminadora y violenta. En palabras de la teórica feminista Judith Butler (2009), espacios de vida “*No vivibles*”. En este acontecer, el colegio y el hogar se despliegan como escenarios de interacciones sociales donde es posible observar rituales de socialización de género.

De allí que esta propuesta analítica busca aportar hacia una comprensión de los malestares presentes en los jóvenes del norte de Chile. Podemos afirmar, entonces, que aún cuando pareciera que la reflexividad que ha instalado el pensamiento feminista sobre el peso de la cultura en los rituales de socialización de género ha permitido la deconstrucción de roles estereotipados y sexistas, el avance y la incorporación de dicha deconstrucción del ser hombre y ser mujer, en algunas sociedades, resulta aún un proyecto inacabado.

6. Bibliografía

Amigot, P. (2005). *Relaciones de poder, espacio subjetivo y prácticas de libertad: Análisis genealógico de un proceso de transformación de género*. Tesis doctoral Universitat Autònoma de Barcelona. Recuperado el 28 de noviembre de 2014 de <http://www.tesisenred.net/TDX-0313106-165412>

Barrientos, J. & Silva, J. (2006). *De la restricción a la equidad*. Estudio cualitativo sobre el comportamiento sexual en la región de Antofagasta. Antofagasta-Chile: Ed. Universidad católica del Norte.

Barthes, R. (1987). *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura*. Barcelona: Paidós.

Butler, J. (1997). *The psychic life of power: Theories in subjection*. Stanford: Stanford University Press.

Butler, J. (2009). *Marcos de Guerra. Las vidas lloradas*. Barcelona: Paidós.

Camacho, H. & Guzmán, C. (2006). Los colores: símbolos rituales. *Anales de la reunión anual de etnología*. La Paz: Museo nacional de etnografía y folklore. MUSEF.

Connell, R. (2003). *Masculinidades*. México: PUEG. Universidad Nacional Autónoma de México. Programa Universitario de Estudios de Género.

Cubells, J. & Calsamiglia, A. (2014). "La construcción de subjetividades por parte del sistema jurídico en el abordaje de la violencia de género". *Prisma Social*, N.11, dic.2012-may.2013. Pp.205-259. Recuperado el 28 de noviembre de 2014 de

<http://www.isdfundacion.org/publicaciones/revista/numeros/11/secciones/tematica/t-07-subjetivades-violencia-genero.html>

De Barbieri, T. (1992). *Sobre la categoría de género. Una construcción teórica-metodológica. Fin de siglo y cambio civilizatorio*. Santiago de Chile: Ediciones de las mujeres ISIS.

De Lauretis, T. (1989). *Technologies of gender. Essays on Theory, Film and fiction*. Londres: Macmillan.

De Lauretis, T. (1991). Estudios feministas/estudios críticos: problemas conceptos y contactos. *El género en perspectiva. De la dominación universal a la representación múltiple*. México DF: Editorial UNAM.

Derrida, J. (1971). *De la gramatología*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Eribon, D. (2001). *Reflexiones sobre la cuestión gay*. Barcelona: Anagrama.

Foucault, M. (1980). *La verdad y las formas jurídicas*. Barcelona: Gedisa.

Foucault, M. (1998). *Vigilar y Castigar*. Madrid: Siglo XXI. 27ava Edición.

Foucault, M. (1999). *Estética, ética y hermenéutica. Obras esenciales-Vol. III*. Barcelona: Paidós.

Fuller, N. (2001). *Masculinidades, cambios y permanencias*. Perú: Edit. Pontificia Universidad Católica del Perú.

Galaz, K. (2012). "El señuelo de la integración: Los procesos de diferenciación, subjetivación y subalternización en los dispositivos educativos para las mujeres inmigradas". *Revista iberoamericana de evaluación educativa*. Vol.6, N.1. Pp. 89-103.

Gilmore, D. (1994). *Hacerse hombre. Concepciones culturales de las masculinidades*. Barcelona: Paidós.

Gobierno de Chile (2013). *Consulta Ciudadana sobre discriminación en Chile*. Recuperado el 10 de marzo de 2014 desde <http://www.gob.cl/especiales/primer-consulta-ciudadana-sobre-la-discriminacion>

Geertz, C. (1987). *La Interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.

González S. (2002). *Hombres y mujeres de la pampa: Tarapacá en el ciclo del salitre*. Santiago: LOM Ediciones

Guimón, J. (1999). *Los lugares del cuerpo*. Barcelona. Paidós.

Heller, E. (2008). *Psicología del Color. Como actúan los colores sobre sentimientos y razón*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili.S.L.

Instituto Nacional de Derechos Humanos (2013). Diario electrónico "Soy Antofagasta". Recuperado el 4 de Marzo 2014 desde <http://www.soychile.cl/Antofagasta/Sociedad/2013/10/16/206829/INDH-por-polemica-marcha-Vemos-una-actitud-discriminatoria-y-estigmatizante-contraloscolombianos.aspx>

Karsten, R. (1930). "Ceremonial Games of the South American Indians". *Societas Scientiarum Fennica, Commentationes Humanarum*. Litterarum III. N.2. Pp. 1-38

Kauffman, M. (1995). *Las experiencias contradictorias del poder entre los hombres. Género e Identidad*. Bogotá: Tercer mundo editores.

Kristeva, J. (1967). "Le mot, le dialogue, et le roman". *Semeiotike, Recherches pour une sémanalyse*. Paris.

Klubock, T. (1998). *Contested Communities: Class, Gender and Politics in Chile's El Teniente Copper Mine 1904-1948*. USA: Durham, N.C.: Duke University Press.

Lamas, M. (1999). "Usos, dificultades y posibilidades de la categoría de género". *Revista papeles de población*. N.21. pp. 147-178. D.F. México: Ediciones UAM.

Lagarde, M. (2001). *Claves para la negociación del amor*. México: Editorial Managua.

Le Bretón, D. (2010). *Sociología del cuerpo*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Lugones, M. (2008). *Género y decolonialidad*. Buenos Aires: Ediciones del signo.

Martínez-Labrín, S. y Bivort-Urrutia, B. (2014). "Procesos de producción de subjetividad de género en el trabajo académico: Tiempos y espacios desde cuerpos femeninos". *Psicoperspectivas*, 13(1). Pp. 15-22. Recuperado el 25 de noviembre de 2013 desde <http://www.psicoperspectivas.cl> DOI:10.5027/PSICOPERSPECTIVAS-VOL13-ISSUE1-FULLTEXT-334

Montecino, S., Rebolledo, L. y Sunkel, G. (1999). *Análisis impacto psicosocial sistema de trabajo por turnos en la unidad familiar*. Santiago-Chile: SERNAM/Universidad de Chile.

Olavarría, A. y Parrini, R. (2000). *Masculinidad/es. Identidad, sexualidad y familia*. Chile: FLACSO.

Parrini, R. (2007). *Panópticos y laberintos: subjetivación, deseo y corporalidad en una cárcel de hombres*. México D.F.: Colegio de México. Centro de estudios sociológicos. Programa interdisciplinario de estudios de la Mujer.

Perrot, M. (2009). *Mi Historia de las Mujeres*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Raich, M. (2000). *Imagen corporal: conocer y valorar el propio cuerpo*. Madrid: Pirámide.

Salazar, G. & Pinto, J. (2002). *Historia Contemporánea de Chile IV: Hombría y Femenidad*. Santiago-Chile: LOM Ediciones.

Salinas, P. & Barrientos, J. (2011). "Los discursos de las garzonas en las salas de cerveza del norte de Chile: Género y discriminación". *Polis*, Vol.10, N.29. Pp.433-465. Santiago-Chile: Universidad Bolivariana.

Salinas, P., Barrientos, J. & Rojas, P. (2012). "Discursos sobre la discriminación de género en los trabajadores mineros del norte de Chile". *Atenea*, N.505. Pp.139-158. Concepción: Editorial Universidad de Concepción-Chile.

Salinas, P., Reyes, C., Romaní, G & Ziede, M. (2010). "Mercado laboral femenino. Un estudio empírico, desde la perspectiva de la demanda en la región minera de Antofagasta, Chile". *Innovar, Revista de Ciencias Administrativas y Sociales*. V.20 (38). Pp. 125-139. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Silva, J. (2013). Grafías del cuerpo, discursos y sujeciones corporales. En Silva, J. & Méndez, L. (eds.) (2013). *Cuerpos y metáforas. Estudio de los significados culturales del cuerpo y las sexualidades juveniles*. Antofagasta-Chile: EMELNOR/CONICYT.

Silva, J., Barrientos, J. & Espinoza-Tapia, R. (2013). "Un modelo metodológico para el estudio del cuerpo en investigaciones biográficas: Los mapas Corporales". *Alpha* N.37. Pp.163-182. Pp. 15-22. Recuperado el 02 de mayo de 2014 desde <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-22012013000200012>

Simmel, G. (1938). *Cultura femenina*. Buenos Aires: Espasa-Calpe.

Tijoux, M. E. (2013). "Niños(as) marcados por la inmigración peruana: estigma, sufrimientos, resistencias". *Convergencia, Revista de Ciencias Sociales*. V.20 (61). Pp. 83-104. México D.F.: UAEM.

Turner, J. R. (1999). *The handbook of project-based management. Improving the processes for achieving strategic objectives*. London: McGraw-Hill.

Valdés, X. (2007). "El lugar que habita el padre en Chile contemporáneo". *Polis*, Vol.7, N.23. Pp.200-233. Santiago-Chile: Universidad Bolivariana.

Valdés, T. y Olavarría, J. (1998). *Masculinidades y equidad de género en América Latina*. Santiago, Chile: FLACSO.

Vargas-Monroy, L. & Pujal, M. (2013). "Gubernamentalidad, dispositivos de género, raza y trabajo: la conducción de la conducta de las mujeres trabajadoras". *Universitas Psychologica*, 12(4). Pp. 1255-1267. Recuperado el 26 de noviembre de 2014 desde <http://dx.doi.org/10.11144/Javeriana.UPSY12-4.gdgt>